



La oposición necesaria

Andrés Cañizález

En la edición de *SIC* 658 correspondiente a septiembre-octubre de 2003, se hizo un balance de la oposición necesaria. No era para menos, el país había atravesado el conflictivo período de los años 2002 y 2003, y lentamente comenzaba a verse como salida la realización del referendo revocatorio. En aquel contexto, se reunieron con el consejo de redacción de la revista los dirigentes políticos Julio Borges, Eduardo Fernández

y Felipe Mujica. Coincidió este trío en que la oposición estaba encabezada, entonces, por los sectores más radicales, y que era necesario deslastrarse del discurso maniqueo al que había llevado el debate político el presidente Chávez. Obviamente una salida democrática a la crisis no se construía teniendo como esquema el chavismo y antichavismo.

Planteaba Fernández la necesidad de enfocarse en una suerte de cruzada contra la pobreza, como bandera política opositora. Mujica, entretanto, defendía la existencia de las oposiciones en plural. A su juicio, no debía meterse en un mismo saco a sectores que, sin ir muy lejos, habían tenido posiciones confrontadas en momentos críticos como el golpe de Estado de abril de 2002 o el paro de diciembre de 2002 y enero de 2003. Borges, por su parte, resaltaba la necesidad de renovar tanto la dirigencia como el propio lenguaje político. El periodista Sebastián de La Nuez, quien recogió este debate, apuntaba una reflexión: “por qué, si en apariencia está tan claro lo que hay que hacer, a la oposición le es tan difícil ponerse de acuerdo”.

Entretanto, en el número 408 de *SIC*, de los meses septiembre y octubre de 1978, la revista se hacía eco de la etapa final en la que entraba la guerra civil en Nicaragua, con un Frente Sandinista para la Liberación Nacional cada vez más consolidado, dando muestras de audacia, a la par que se evidenciaba la debilidad del régimen de Anastasio Somoza Debayle, con hechos como la toma del Palacio Legislativo el 22 de agosto de 1978. Este ataque, que terminó colocando en primer plano la crisis nicaragüense en la agenda mundial, fue seguido de una huelga general. Este hecho, cuando el mundo observaba al país centroamericano, terminó de desacreditar a la dictadura somocista, pues hubo una feroz represión por parte de la Guardia Nacional, que hasta disparó con los insurgentes que estaban heridos y bajo observación médica. Vene-

zuela, bajo la presidencia de Carlos Andrés Pérez, y teniendo a Simón Alberto Consalvi como canciller, jugó un papel determinante para llevar a instancias internacionales el tema nicaragüense, que culminaría el 19 de julio de 1979 con el triunfo de la revolución sandinista.

Hace 20 años, la revista *SIC* 508, correspondiente a septiembre-octubre de 1988, denunciaba el ataque con una carga de dinamita que destruyera parcialmente la sede del diario *El Vigilante* de Mérida, un periódico adscrito a la iglesia católica de la localidad. El hecho tuvo lugar dos días después de un contundente editorial, fechado el 20 de agosto, en el cual se hacía eco de una carta pública del dirigente de Acción Democrática (AD), Luis Piñerúa Ordaz. “Nunca antes en la historia venezolana un presidente había estado tan sometido al capricho de su amante”, rezaba el editorial del impreso para fustigar el rol cumplido por Blanca Ibáñez en el gobierno de Jaime Lusinchi. Tras un largo período en el cual esta vergonzosa situación era secreto a voces, el tema estalló públicamente con la carta de Piñerúa al Comité Ejecutivo Nacional (CEN) de su partido y que encontró enorme eco en los medios. Lamentablemente, tal denuncia pública sólo tuvo lugar cuando le faltaba a Lusinchi un semestre para concluir su quinquenio en el poder.